

Cine del sur en el norte

Francisco J. García Lozano

cine

El cine latinoamericano se ha convertido en los últimos años en el espejo realista de una sociedad cargada de tintes políticos, marginalidad, violencia y desarraigo.

Esta labor se complementa con el cine independiente norteamericano que tiene una especial querencia por las historias de los inmigrantes que intentan llegar a su territorio.

A este grupo de cineastas pertenece Cary Joji Fukunaga y su primer largometraje, Sin nombre, que tiene la singularidad de ser cine latinoamericano visto desde el punto de vista del Norte.

El siglo XX ha sido el siglo de los nómadas, un período histórico absolutamente traumático que ha conocido las mayores migraciones de la historia de la humanidad. El comienzo del presente no le va a la zaga y es imposible comprender estos movimientos sin la repercusión visual que ha tenido en cada época y sigue teniendo como caja de resonancia de una realidad muchas veces invisible, pero siempre estremecedora.

La crisis social y la marginalidad vivida en Latinoamérica suponen un caldo de cultivo para guionistas, directores y productores, más preocupados por los desbordantes problemas de su sociedad que por desviar la mirada hacia puntos lejanos. El cine latinoamericano se

ha convertido, de hecho, en los últimos años en espejo realista de su sociedad, normalmente cargada de tintes políticos, marginalidad, violencia y desarraigo. Sin embargo, en Estados Unidos, gente independiente como Wash Westmoreland y Richard Glatzer (*Quinceañera*), Joshua Marston (*María, llena eres de gracia*), David Riker (*La ciudad*) o Steven Soderbergh (*Traffic*) han aportado obras notables en este horizonte. De hecho, parece que el cine independiente norteamericano tiene una especial querencia por las historias de los inmigrantes que intentan llegar a su territorio. A este grupo de cineastas pertenece Cary Joji Fukunaga y su primer largometraje, *Sin nombre*, cine latinoamericano visto desde el punto de vista del Norte.

Fukunaga se estrenó como guionista y director con un cortometraje, *Victoria para Chino* (2004), en la que nos mostraba la aventura real de ochenta ilegales que cruzaron la frontera en un camión, y fueron abandonados dentro de él. Cuando fueron descubiertos trece habían muerto. Fukunaga ha retomado el tema uniendo en *Sin nombre* dos constantes en el cine latinoamericano de denuncia: la emigración y las bandas.

Unamuno, que tan amigo era del concepto de intrahistoria, gustaba decir que la historia de la humanidad no existía, lo que existía eran

«historias», historias particulares, en el sentido de que no sólo las grandes hazañas hacían avanzar la historia, sino también los hechos que muchas veces no percibimos, esa otra realidad oculta que nuestro estatus social no nos permite ver, las pequeñas historias de los anónimos o «sin nombres» que protagonizan a fin de cuentas esta película. Sayra (Paulina Gaitán) es una adolescente hondureña que acaba de ser deportada de los Estados Unidos. De vuelta a su tierra natal, se reúne con su casi desconocido padre para emprender un nuevo viaje, en los «trenes de la muerte» (apostados sobre los contenedores de un mercancías que les conduce a la frontera), al país de la esperanza, a la tierra de promisión, a Estados Unidos, en un viaje largo y duro, donde los seres humanos y la naturaleza son una amenaza, en el que hay que dormir por turnos y el alimento depende de la amabilidad de los extraños. A esta lucha personal de abandonar la tierra natal se unen otros conflictos más peliagudos como la policía corrupta que vigila la migración ilegal; y las mafias, sobre todo las «maras».

Paralelamente, a muchos kilómetros de distancia conocemos a Willy, apodado Casper (Édgar Flores), adolescente mexicano que pertenece a la Mara Salvatrucha, en la región de Tapachula en Chiapas, donde instruye a un nuevo

miembro de la banda, el Smiley (Kristian Ferrer). Las cosas se ponen mal cuando Casper miente al jefe de su pandilla para proteger a su novia y, poco después, tiene que escapar. Sobre el techo de un tren de carga se cruzan los destinos de Sayra y Casper, convirtiéndose la película en una especie de *thriller* dramático, con persecuciones y amenazas de muerte entremezcladas con el drama humano del miedo y la emigración.

Sin nombre, a pesar de la previsibilidad de algunos de sus giros de guión, termina funcionando gracias al esquema de *road movie* combinado con la denuncia social o la utilización de escenarios naturales que oscilan entre la dureza o la insalubridad (la estación donde comienza el viaje) y el contraste con unos paisajes de una extrema belleza, que ponen aún más de relieve lo extremo de lo narrado. Cary Fukunaga parte de su contacto con inmigrantes centroamericanos para dibujar un retrato de niños y adolescentes sin infancia que no llegarán a ser hombres, de vidas truncadas demasiado pronto y de violencia descarnada, absurda y sin sentido. Y lo logra, además, impregnando a su propuesta de un profundo poder dramático y emocional, en la que la vida de los dos jóvenes se unen, a pesar de todo, en un devenir terrible pero no por ello menos veraz y profundamente humano, llenando

esos vacíos que dejan la violencia y la desgracia, aportando un poco de ternura y calidez a un relato de sufrimiento y penalidades.

La sobriedad de su puesta en escena, de un realismo contenido, sin excesos y de una mirada casi antropológica, refleja a la perfección esas almas abandonadas en un

Sin nombre no cae en sentimentalismos, mantiene su visión de una huida desesperada, de vagas esperanzas en un futuro nada prometedor, y un pasado para olvidar; todo ello, filmado con un realismo apabullante, sin concesiones, y reflejando con fidelidad la carga de crudeza y desesperación que transmiten los personajes y sus vidas

mundo de grietas y fracturas donde no faltan ninguno de los *topoi* habituales: fronteras, corrupción, compañerismo, traiciones... De hecho, su enorme fuerza narrativa y el sobresaliente trabajo visual le valieron en el pasado Festival de Sundance los premios de mejor fotografía y mejor dirección.

Sin embargo, no es sólo la trama lo que hace de este film una obra interesante, sino el minucioso y cuidado retrato que hace de las maras. Necesariamente junto al film de Fukunaga tenemos que nombrar su complemento en clave documental, la póstuma obra de Christian Poveda, *La vida loca*, realizador de documentales y fotoperiodista francoespañol asesinado el 2 de septiembre de 2009 a manos de uno de los cabecillas de la pandilla salvadoreña Mara 18, sobre la que había realizado el documental. En este documental se nos recuerda cómo durante la guerra civil de El Salvador, entre 1980 y 1992, medio millón de salvadoreños emigraron a Estados Unidos. Siendo este hecho el que propició la creación de las bandas salvadoreñas, que tuvieron que enfrentarse a las ya constituidas por mexicanos. A principios de los noventa Clinton abrió las cárceles para devolver a los salvadoreños delincuentes a su país, trasladando el problema a su lugar de origen, donde tales agrupaciones comenzaron a llamarse «maras».

Sin nombre no cae en sentimentalismos, mantiene su visión de una huida desesperada, de vagas esperanzas en un futuro nada prometedor, y un pasado para olvidar. Todo ello, filmado con un realismo apabullante, sin concesiones, y reflejando con fidelidad la carga de crudeza y desesperación que transmiten

los personajes y sus vidas. En este sentido la descripción del director en cuanto al *modus vivendi* de las maras es minucioso: rituales de iniciación que no exige mayoría de edad, pero sí una brutal paliza de los miembros que te van a acoger, sumisión a los jefes, no cuestionar el orden jamás, fe ciega y lealtad inquebrantables. A cambio seguridad de que no van a estar solos y una gran familia donde no se admite la deserción ni la renuncia, vivir y morir dentro de una pandilla que sustituye a la familia y al estado. La conclusión que se puede extraer es que vivir en determinados puntos de Latinoamérica es como anhelar un rayo de luz en plena oscuridad. Con gran acierto narrativo, Fukunaga logra un producto sólido que interesará a todos aquellos que quieran indagar en los nuevos movimientos marginales que se desarrollan en Latinoamérica desde una propuesta a medio caballo entre la comercialidad y lo alternativo.

Ficha técnica:

T.O.: «Sin nombre».

Director: Cary Fukunaga.

Nacionalidad: EE.UU.-México.

Duración: 96 minutos.

Intérpretes: Paulina Gaitán (Sayra), Willy (Edgar Flores), Smiley (Kristian Ferrer).

Web oficial:

<http://www.sinnombre-lapelicula.es>